

Refractar / Dignidad



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



SISTEMA DE APOYOS
A LA CREACIÓN Y
PROYECTOS CULTURALES

“Esta publicación fue realizada con el apoyo del Sistema de Apoyos a la Creación y Proyectos Culturales, a través de Fomento a Proyectos y Coinversiones Culturales 2022”.



Cada que me tomo una foto busco mi mejor perfil, una donde me vea más joven, donde no se me vean los gordos, donde no se noten mis cicatrices. Intento lucir lo mejor posible e ignorar que mi cuerpo ha cambiado, que ya no soy esa adolescente a la que le gustaba ser admirada. Ahora me oculto cada que puedo.

Una parte de mi historia comienza así: yo electrocutada, casi muerta y una foto en el periódico asegurando que me había robado la luz. Hace casi 20 años sufrí un accidente. Subí a la azotea, un cable de alta tensión cayó sobre mí y la descarga atravesó mi cuerpo. Mi vida y la de mi familia se detuvo. Vino un proceso traumático, de varias cirugías de recuperación, de escuchar las mismas palabras: "tú puedes", "échale ganas", "dios por algo te dejó viva". Esta última resonó constantemente en mi cabeza. Escuché decenas de versiones del accidente, sin encontrar respuesta. Incluso hablé con Dios, pero tampoco supo calmarme.

Esa fotografía, durante años no le di importancia, como si con el tiempo la humillación pudiera desaparecer. La palabra ladrona había quedado grabada. Quería entender cómo es que el fotógrafo había decidido culparme a mí y no a CFE. No era justo que la gente me definiera por una falsa información, que me encasillaran en una imagen.

Así llegó el teatro, un lugar donde no había culpa, sino empatía. No había juicio, sino libertad. No había compasión, sino compromiso. Comencé a construir una identidad a partir del amor y del orgullo de estar viva. No fue fácil, incluso también implicó dolor, pues mirarse en un espejo

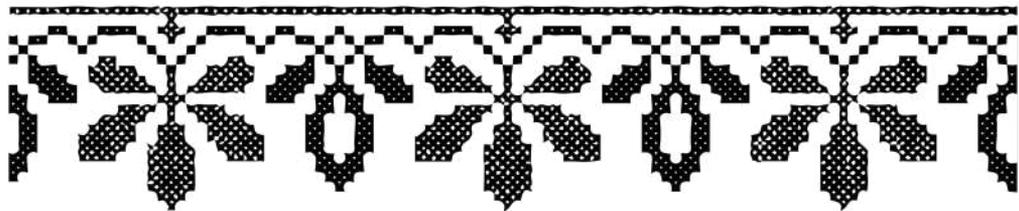
es enfrentar tus peores miedos, pero los cambios ya no me aterran.

Comencé este proceso escénico para contar mi propia versión de la historia. No es que necesitara demostrarle al medio de comunicación que no soy una ladrona, pero sí deseaba recuperar una imagen de mí misma que había sido borrada por la mentira. Poco a poco entendí que mi cuerpo no puede ser tomado, exhibido, violentado para el beneficio tendencioso de otro. La de esa foto no soy yo.

Lo admito. Ha sido confuso y a veces doy pasos atrás. Por años fui la víctima y me sentí cómoda en ese papel, no quería que nadie indagara en mi historia o en mi intimidad. Pero tomé el riesgo y comencé a dejar que la herida respirara. Los relatos de las personas que me rodearon en esa etapa comenzaron a ser significativos, a tener un poder reconstructivo. No podía evitar las lágrimas al escucharles. Pensarme muerta fue una dolorosa y constante posibilidad para todos. Pero el arte sana. Las palabras fueron consuelo y los recuerdos del accidente dejaron de provocarnos miedo.

Finalmente, mi historia tuvo una nueva dimensión, más social, más política. Fui encontrando testimonios de personas que también fueron violentadas por medio de una imagen o reseña, o violentadas por el estigma de vivir en una colonia popular. La forma en que la autoridad nos representa nos afecta y nos condiciona. Todos tenemos derecho a contar nuestra propia historia, porque no todo lo que vemos o leemos es verdad. Estas acciones artísticas son mi manera de alzar la voz en contra de la impunidad. Mi historia ya no es solo mía, es un grito que nos une a muchos. Ojalá este sea un camino para ser más empáticos con el dolor ajeno.

Alma Delia López



BOR
DAN
DO
LA
RESI
LIEN
CIA



El tejido y el bordado revela emociones. El hilo atraviesa la materialidad de la misma manera que los acontecimientos traumáticos atraviesan el cuerpo.



Enana:
Como el ave renaces de las cenizas,
más fuerte y bella.

Enana:
Te quemaste toda y sigues viva,
como si nada.

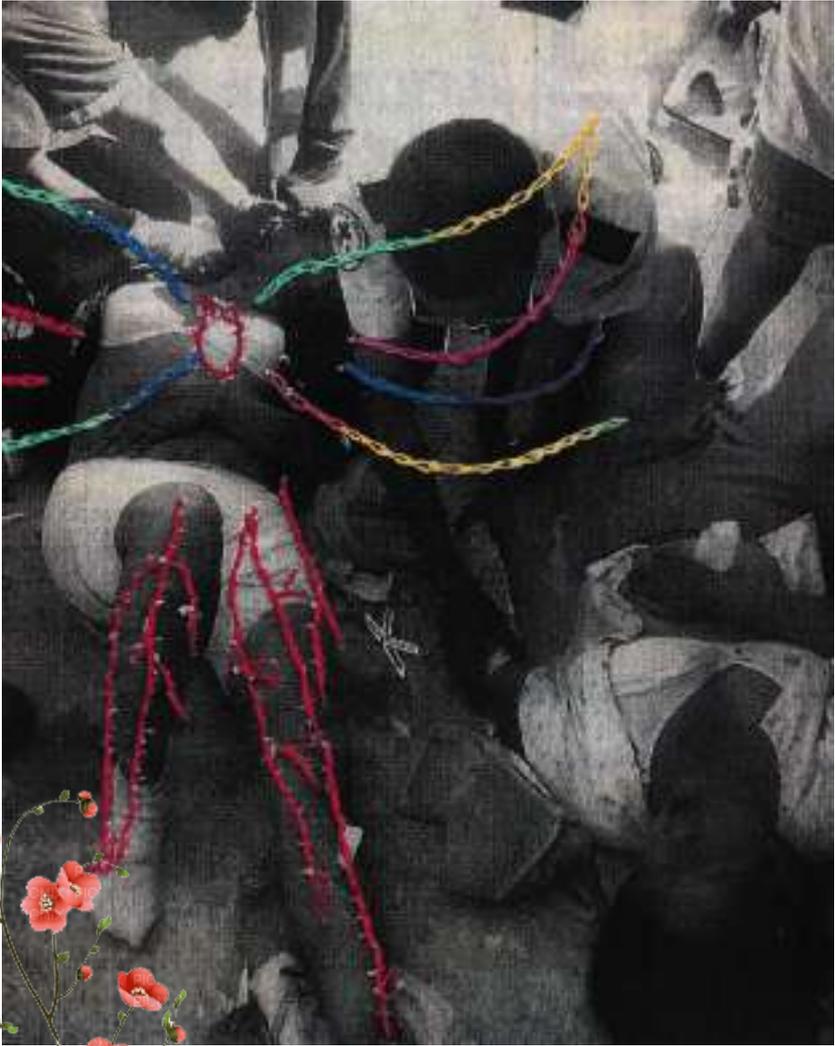


Cada puntada, de la misma manera que las cicatrices, forma parte de la bella composición que resulta ser la intimidad del ser humano.

Alma:

La paradoja de la vida y la muerte,
mostrando la lucha por la supervi-
vencia en medio de la tragedia.





Hija:

Dios te dio la oportunidad de una nueva vida, eres un sol que ilumina la familia, guerrera que siempre sale adelante, un ángel que cuida a todos y amarga por enojona, pero eres buena, no dices tu amor, pero lo demuestras.

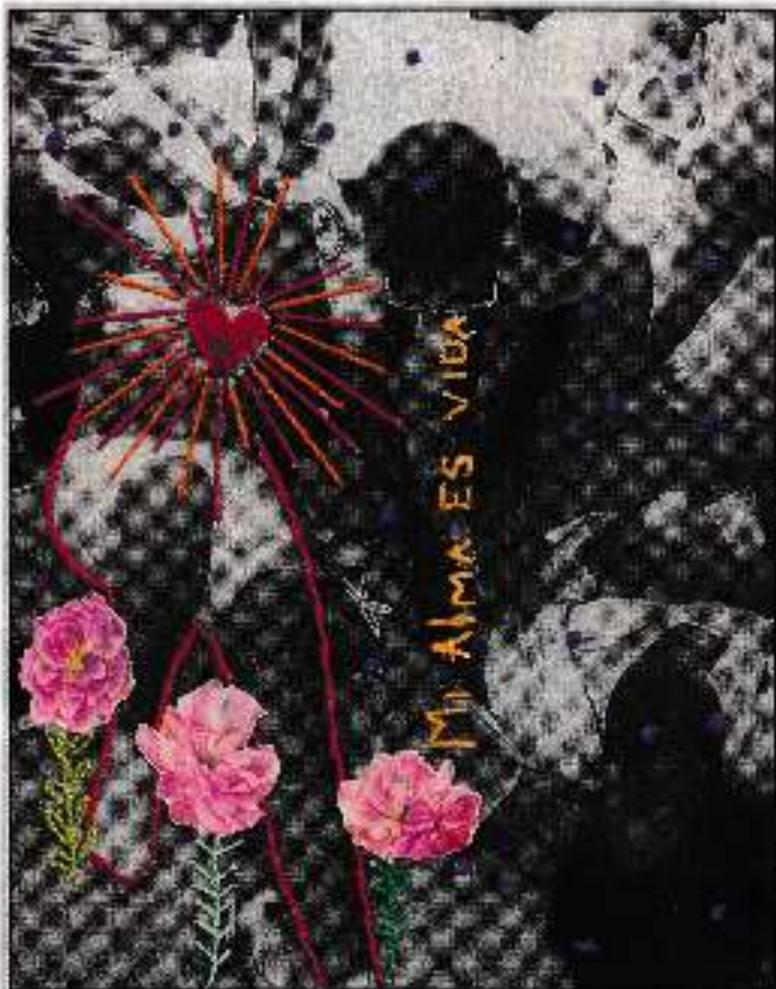


Almis:

A pesar de los conflictos, siempre luchas por los demás y sales adelante.



Esta es una acción reivindicativa porque permite, por un lado, decantar el dolor y el trauma, y por el otro, transformar las representaciones de la violencia en una imagen simbólica que posibilita la resiliencia.



Mana:

Eres una persona que ama mucho vivir, a pesar de los retos que has enfrentado en la vida, sobre todo en el tema de la salud, que demuestra tu fortaleza y tu amor por lo que haces.

Chencha;
Floreces entre la oscuridad,
siempre das lo mejor de ti.



Para esta acción, Alma convocó a sus seres más cercanos para que resignificaran la imagen cruel y le devolvieran la identidad anhelada. Esta es una cartografía sensible.

La doble quemada de la bruja

por Josué Almanza



I

En casa de Alma Delia, se hacen tortillas. No se compran. Se echan al comal, la masa al fuego. Desde niña, ella miró con encanto y admiración a las mujeres de su familia perfeccionar aquella tarea. Para Alma Delia, hacer una tortilla es amor puro.

Recuerda. Cinco de la mañana, antes de que el gallo cante y la abuela ya estaba en el molino. Horas antes ya había puesto el nixtamal y lo había dejado enfriar bajo la noche. Continuaba la rutina. La masa en una cubeta, para cuando dan las seis. La leña o el carbón ya hechos brazas. El minuterero del reloj de madera de pino avanzaba. Las seis y media y el abuelo abría los ojos, ya se podía oler la madera en la lumbre y el calor haciéndose presente desde la cocina. La abuela tomaba una porción de masa del tamaño de sus pequeños puños. La redondeaba y la redondeaba hasta expandirla en la prensa. —No muy delgada para que aguantara la consistencia de una salsa. Una buena tortilla nunca se rompe —decía. Y, finalmente, al comal. De a poco las orillas se oscurecían, se tostaban. Era entonces momento de darle vuelta. Y si se inflaba, entonces había perfección.

Para Alma, la infancia está construida de olores. —Las imágenes se nos olvidan, se nos pierden en la cabeza en algún momento de la vida sin que nos demos cuenta. Con los sonidos ocurre lo mismo, son efímeros. Pero los olores, esos sí se nos quedan. Y si se atreven a irse, es posible traerlos de vuelta —me cuenta. El olor del maíz la lleva siempre a Soltepec, municipio de Puebla. Ahí nació, ahí vivió y aprehendió el olor de su pueblo y de mi familia. Su corazón está hecho de trazos de la tierra. Las abuelas le enseñaron a arar esa tierra fértil que hoy llama memoria. Ellas, sin saber, sembraron una primera semilla el día que Alma las vio procurar el oficio de tortilleras. Mujeres y maíz. Así, desde pequeña Alma siempre quiso iniciarse en la labor de la masa y los comales. De hecho, uno de sus primeros deseos y, probablemente el que más pronunció con los ojos cerrados para que se le cumpliera, fue el de tener sus propios instrumentos para hacer tortillas. Ríe mientras recuerda, con una lágrima temerosa que se asoma. —Y se me

cumplió. Mi abuelo Daniel me obsequió un molcajete, un canasto, un metate y una prensa, todo pequeñito y la abuela Delfina me dejó con un poquito de masa. Me decía hazlas bolita y las aplastas, después me las das para ponerlas al comal —concluye con un suspiro. Alma hacía muchas tortillitas. Y las envolvía en la misma tela para ponerlas a la mesa. El abuelo se sentaba y prefería comer sus frijoles con esas pequeñitas tortillas del tamaño de media mano. Entiendo lo que ella quiere decirme. Eso evoca el olor, el recuerdo. Alma tira tortillas al comal caliente y ese aroma a maíz tostado le provoca un salto al pasado, al recuerdo del amor en una casa en medio de un campo.

2

La oscuridad. Es algo real, algo que es muy propio de las regiones que están distantes de la ciudad. —Mi infancia y parte de mi adolescencia fueron bastante oscuras —me dice. Y Alma no lo trae a mención precisamente como algo malo. Es como el silencio. Todos tienen miedo de la oscuridad y el silencio. Pero no Alma, para ella y su familia en Soltepec, era lo que más había. Ni por asomo se pensaba aún en la luz eléctrica. —¿Ves estas pestañas? No manches, nunca me crecieron igual, de que me las quemé varias veces con la lumbre de una vela intentando leer mis revistas. Pues es que después de la tarde, todos ya nos íbamos a la cama y sólo quedaba el sonido del campo —me cuenta con albricia adolescente. El padre de Alma, Don Eduardo, es un hombre de campo. Ahora es taxista en la ciudad, pero en Soltepec, durante la infancia de sus hijos e hijas, fue otro obrero más. —Y además podemos decir que fue uno de los soltepecanos que ayudó a que llegara la luz al pueblo —relata con orgullo. Por eso Alma a veces piensa que su vida es una paradoja, cree que hay que tener cuidado con los deseos. Cree que sus hermanas y ella deseaban tanto que hubiera luz que por eso su papá se entercó con darles ese regalo. Se acuerda que cerraba los ojos y pedía.... pedía la luz, pedía que hubiera electricidad en su vida. Para ella, los deseos se cumplen, o eso cree. Es su teoría. Una linda y cruel teoría. Porque años más tarde. Ella, Alma Delia, fue la luz misma.

3

Todos tenemos un monstruo recurrente. Alma no siempre recuerda sus pesadillas, pero sí tiene una muy presente: la de una torre de alta tensión. A ella le gustaría ser un ave, ser capaz de alzarse en vuelo. —Es que las aves no se electrocutan, la mayoría de ellas son capaces de pararse sobre los cables de alta corriente. Es un fenómeno extraño, pero hermoso —me dice mientras juega con una pulsera en su muñeca. Me cuenta que ha escuchado a las personas decir que las aves no se electrocutan porque las almohadillas de las patas son aislantes o porque los cables en los que están posadas están cubiertos de un material aislante. Incorrecto. Alma tiene razón. Esto es lo que sucede.

La corriente eléctrica siempre va en una dirección. Cuando la electricidad tiene que elegir un camino de varios posibles, ésta se divide. A menos que ambos caminos sean iguales, pasará la misma cantidad de corriente por uno y por otro. Sin embargo, cuando los caminos son distintos, la corriente elegirá siempre cruzar en su mayoría por el que ofrezca menor resistencia. Es decir, siempre elige el atajo. En el caso de las aves, son cuerpos, materia, tan terriblemente malos conductores como nosotros los humanos, por lo que la mayoría de la electricidad seguirá su camino por el cable de alta tensión. De esta manera, por el cuerpo del ave correrá un mínimo porcentaje de electricidad que apenas sentirá, pues estará debajo de su nivel de percepción. Sin embargo, el ave no tendrá la misma suerte si con algún ala llega a tocar otro cable u otro artefacto, porque entonces la mínima corriente por su cuerpo no entrará por una pata y saldrá por la otra, sino que, en el mejor de los casos, buscará seguir su camino por el otro objeto, aumentando el nivel de corriente y electrocutándolo.

Toda la explicación que ella ha formulado durante años me parece curiosa, dedicada. Pero, sobre todo, guarda un profundo sentido. Alma se quita un pasador que sujeta su cabello y deja al descubierto una herida que lleva en el cráneo.

4

Alma Delia, un 22 de febrero de 2005, se electrocutó. Sufrió una descarga casi sobrenatural. Así como sobrenatural es que en este momento pueda contarme su historia, que esté viva. Era medio día. En una azotea de la calle San Gabriel de la ciudad de Puebla, se encontraba Elena, su vecina y madrina. Aquel 22 de febrero la señora había subido al techo de su casa para supervisar la instalación del cableado telefónico. Aprovechando que se encontraría unos minutos arriba, decidió descolgar las guirnaldas navideñas, porque claro, es muy mexicano dejar las luces navideñas incluso hasta meses después. Entonces en un jalón desafortunado, las luces tocaron el cable de alta tensión y ella recibió una descarga. Ese fue sólo es el principio del calvario. En la casa contigua, Gloria, la madre de Alma, se encontraba cuidando de su sobrina. Estaba cocinando cuando escuchó un sonido abrupto acompañado de un destello. Se asomó por la ventana y descubrió que su comadre se acababa de electrocutar. En segundos, el accidente se vociferó en el grito de los vecinos y ella salió a ver que había sucedido. Y hasta aquí llega la primera parte de la historia. Alma no puede continuar contándome. Los recuerdos la inundan como un golpe seco que le obstruye la garganta.

Alma ese día por la mañana había ido con su madre a Coppel, le había comprado unos tenis y de ahí marchó a la universidad. Deambuló por los pasillos y los patios un rato, pero al no encontrar a nadie decidió volver a casa anticipadamente. Al bajar del transporte miró mucha gente amontonada frente a su casa.

—¿Qué pasó, mamá? —preguntó.

—Cuida a las niñas —fue lo único que le respondió.

Alma no entendía nada, pero todos estaban angustiados y señalaban la azotea de la vecina. Entró a la casa y encontró a su sobrina y a la hija de la vecina, ambas asustadas. Volvió a la calle.

—¿Qué pasó, mamá? —insistió.

—Se electrocutó la vecina. Pero la ambulancia no llega.





Lo siguiente ocurrió muy rápido, característica de alguien envaletonado. Trepó por la barda trasera hasta al techo de la vecina. Cuando llegó a la escena, miró a su madrina accidentada. Nadie sabía qué hacer, así que le tomó el pulso. Le sintió la vida. Cuenta que fue una sensación indescriptible, ese momento en el que descubrió que aún había algo de esperanza. Se acercó a la orilla.

—Mamá, está viva, llamen a la ambulancia.

—¡Cuidado!

Si lo viéramos en cámara lenta, su cabello comenzó a levantarse, se acercó demasiado al cable de alta tensión colgante y se convirtió en un cuerpo conductor. El cable se desprendió y le cayó encima. La luz entró por su cráneo y debajo de su lóbulo izquierdo. Se volvió una bola de fuego. Alma hace una pausa.

—¡Échenle agua! —pedía la madre de Alma al verla en llamas.

Sus gritos de agobio están grabados en la memoria de todos los que presenciaron la electrocución aquella tarde.

—¡Échenle agua!

Entre varios tuvieron que detenerla. El transformador explotó. Se fue la luz de la cuadra. Alma pasó de bola de fuego a carbón. Su cuerpo quedó colgando a punto de caer desde la azotea. ¿Qué la detuvo? Una varilla de construcción. La misma que se fundió en su pierna y que sirvió de tierra para que la electricidad encontrara salida. Vino la espuma por la boca. Su madre en shock. Alma ríe. Me sorprende ese gesto.

—Es que cuando mi mamá lloraba y gritaba se le acercó una señora y le dijo: “Tranquila señora, además usted tiene muchos hijos.”

Alma no recuerda mucho, sólo que escuchaba gente, pero no podía despertar. La desesperación del llanto de su madre a lo lejos fue lo que la hizo impulsarse. Se incorporó con un sobresalto.

—No te levantes —le dijo un paramédico mientras le empujó el pecho de vuelta al piso.

Ya habían pasado muchos minutos, tal vez una hora, porque la ambulancia tardó mucho en llegar. Alma recuerda que alcanzó a ver su pierna y vio un hoyo negro. Dos entradas. Dos salidas. Ese fue el posterior diagnóstico que gritaba el cuerpo de paramédicos. No había dolor, sólo desconcierto. Recuerda que tuvo miedo y que quería sentir a alguien.

—Pero era la muerte quien estaba tomándome de la mano —deduce. Su vida había cambiado, la de su familia. Lo que venía les dejaría heridas profundas.

—Ah, pero eso sí, mis tenis nuevos... no se quemaron, quedaron intactos.

5

Más de quince años después, acompaño a Alma a la azotea donde ocurrió el accidente. Ella suspira. Y finalmente, se atreve a hablar. —Pese a que mi accidente lo han contado muchas veces: mi familia, mis amigos, los vecinos, es la primera vez que yo lo cuento para mí misma. Sé que muchos pensarán que hay algo de absurdo en esta acción de narrarse a uno mismo algo que uno mismo vivió. Para mí es importante —culmina. Cobra fuerza y se acerca a la orilla. Me confiesa que del accidente, de esa época, del después inmediato, no queda nada. No hay recuerdos materializados: no hay documentos, no hay recetas médicas, no hay fotografías, no hay ropa, no hay rastros. Alma se negó a querer recordar y las personas me acompañaron en esa decisión. Se deshicieron de todo lo que le recordara esa experiencia.

—Hoy sé que extraño todo eso, porque fue parte de mí, porque la que soy ahora es gracias a eso —dice.

Ella se quiebra un poco. Lloro. Entiendo su necesidad de emprender un viaje al pasado. De atreverse a volver. Pero las palabras se quedan siendo silencio.

—Hay algo más —confiesa.

Alma saca una fotografía de su bolsillo. Es una página de un periódico doblado.

—Hace un año recuperé esto —me dice mientras me extiende la nota. La imagen es una bofetada. Es una nota que se publicó el día después de su accidente. En la fotografía aparece Alma, semidesnuda y calcinada al lado de cuerpo de su vecina. El título: Mujeres se electrocutan intentando robarse la luz.

6

La nota roja se ha instalado tanto en la tradición popular como en el imaginario colectivo a través de los alarmantes encabezados que dan cuenta del violento escenario en el que habitamos. Su publicación se dinamitó en los 80's y a lo largo de las siguientes décadas se normalizó su presencia adornando los ya casi extintos puestos de revistas. Sin embargo, y pese a su apogeo, existe muy poca información sobre su proceso de escritura y sobre los rostros que hay detrás de la cobertura de esta sección policial. Podemos decir que existen opiniones polarizadas pues, por un lado, hay quienes le atribuyen a *la roja* un valor negativo, acusándola de tendenciosa y escandalosa al recurrir al morbo como ingrediente publicitario; por el otro, hay periodistas, críticos e historiadores que la defienden por ser considerada un acervo archivístico de la memoria nacional. Considero que ambas perspectivas son acertadas. Sin embargo, llama más mi atención pensar las narrativas de la violencia en periodismo, algo que pocas veces se discute bajo el argumento de que éste se debe al método y a la disciplina de las ciencias. No me interesa la ruta de la nota amarillista, lejos estoy de brindar un espacio a quienes siguen comerciando con el exhibicionismo de los cuerpos y del dolor. Habrá quienes recalquen que con morbo o no, la nota roja divulga información fundamental para cierto estrato social como aquellas madres que buscan a sus hijos, pero siempre es posible trazar un seguimiento informativo con rasgos sensibles. Ya Michel Foucault en su *Vigilar y castigar* acuñaba el término de contra nota roja con miras en un nuevo periodismo cuyo discurso apelara a la búsqueda de justicia

y respeto por los derechos humanos. La distribución de imágenes de las personas violentadas en un Estado en guerra se volvió el pan de todos los días. La reproducción y el consumo de estas imágenes promovió que el rol de la víctima se adhiriera al tejido social como un quiste y a su vez generara un proceso de revictimización constante que atenta contra la integridad y la memoria sensible. El doble asesinato del inocente, la doble quema de la bruja. Ser víctima dejó de ser un posicionamiento político para caer en el simplismo conveniente para los sujetos violentos —incluido el propio Estado— y cruel con las personas que han sufrido. La identidad de una persona no puede ser borrada de un plumazo, no puede convertirse en una cifra, no puede ser privada de un pasado, no puede ser, simplemente, otra más. La complejidad de la existencia humana nos sugiere entonces la posibilidad de complejizar las narrativas, inclusive aquellas de corte hiperracionalizadas como las periodísticas, haciendo uso de aquellos recursos que permitan reafirmar lo diferente, de ejercer un modo de pensamiento sensible que provoque la escucha del otro, un modo de (com)poner más horizontal y un estado de relaciones que sustituya la (im)posibilidad por la posibilidad. En esa necesidad es que Alma exige y construye en esta narrativa antiautoritaria y disidente su propio derecho de réplica.

7

La impedancia, es la medida de oposición que presenta un cuerpo a una corriente alterna, midiendo tanto la intensidad como el tiempo. Para calcular los valores de impedancia a una corriente hay varios factores que influyen: humedad superficial, tensión recibida, frecuencia de la corriente, peso corporal, etc. Aquí una media. El día del accidente de Alma, podemos decir que era un día de ambiente de humedad habitual, los cables considerados de alta tensión transportan entre 1000 y 10,000 V, con una frecuencia de 50 Hz a 60 Hz considerada tensión alterna. Alma pesaba unos 60 kg de promedio. No presentaba fatiga, excitación y alcohol en la sangre. Estaba hidratada con una masa corporal compuesta de un 70% de agua. Y el cable hizo contacto en piel seca en una superficie entre los 50 y 100 cm³. La teoría: recibió un promedio entre 1200 y

2000 Ohmios. Sí, Alma se sitúa entre el escaso 10% de supervivientes a este tipo de accidentes. Tal vez la salvó su entrenamiento al calor, el haber estado expuesta al calor desde niña mientras hacía tortillas. Ni la electricidad, ni la violencia mediática la vencieron.

8

En el último encuentro con Alma, abordamos el tema de la fotografía y la nota que en el periódico El Sol de Puebla se publicó el 23 de febrero del 2005. La fotografía evidentemente la expone a ella y a su vecina. Noto una rabia contenida.

—Probablemente es una nota cualquiera, como muchas otras de accidentes. Pero la nota... la nota sugiere que lo que nos pasó, nos pasó por ser unas ladronas —me cuenta.

La comprendo. Tiene razón, porque en la humilde colonia de Soltepec sólo habitan ese tipo de personas, esas que roban, según la opinión pública.

—Mi vida no es una nota roja— denuncia. Alma es enérgica en este punto.

Ella se niega a que el acontecimiento trágico de su familia se exponga con la estigmatización de pobreza. Y participar de esta crónica, de este proceso, es su derecho de réplica. Ambos creemos firmemente que es un camino a la sanación.

—Amigo, tengo que contarte otra cosa que no había notado —me confiesa. Me asusta cuando omite algo porque siempre resulta una descarga misma. —Yo nací el 22 de diciembre, pero me dijo mi mamá que fui sietemesina.

¿Sabes lo que significa? —pregunta. Me quedo mudo.

—Yo en realidad debí nacer un 22 de febrero. Sí, 22 de febrero, el día de mi accidente. Por eso yo un 22 de febrero, renací —sonríe.

Se hizo la luz.

Huir dos veces

por Paola Olivares



Diez minutos antes de la medianoche, Diego recibe una llamada, es la reportera que todo ese miércoles lo estuvo buscando. Por fin responde, quizá para que deje de buscarlo o porque tiene algo que decirle. Se sienta en una mesa redonda que está a unos pasos de la entrada de su departamento en la colonia Condesa. ¿Hola? Te marco para decirte que siento mucho lo de tu hermana, ¿podemos hablar de ella?, la Fiscalía dice que se cayó. Diego mira al fondo, ahí puso una veladora, unas flores blancas y la última foto de Lidia, Lidita, su hermana menor a quien el miedo orilló a mudarse a la Ciudad de México porque era muy bonita y en Tampico las chicas como ella de repente desaparecen o las obligan a ser esposas de los criminales o las venden o simplemente ya no se sabe nada de ellas.

Tampico es uno de los estados más violentos de México. Todos saben que salir de noche a divertirse es rifársela. Por la inseguridad, la mayoría de las y los jóvenes, como Lidia, se van a estudiar o trabajar a otros estados. Los grupos paramilitares llevan décadas adueñados de la tranquilidad y la cotidianidad de quienes ahí viven.

¿Esta llamada va a ser grabada?, pregunta Diego. Si quieres sí, pero no es necesario, solo quiero entender, ¿por qué dices que se arrojó? ¿o la tiraron? Nada de eso, responde, yo la conozco y primero muerta antes de ser violada, utilizada, maltratada. El joven de 30 años toma agua, se levanta y lleva la mirada al techo, trae a Lidia a la conversación. Ella era diferente, acababa de terminar su carrera, pero lo que realmente le gustaba era la moda, el maquillaje, lo beauty fashion. Sabíamos que Tampico no era su lugar, por eso le dije que se viniera conmigo y, como soy el mayor, mis padres aceptaron. Era la más pequeña de los cinco hermanos, la consentida. Para mí vivir en esta colonia es tranquilidad, llevo 12 años aquí y nunca me han asaltado, ni me han robado. Con esa confianza les dije que se quedaran tranquilos porque yo la cuidaría y jamás le permitiría viajar sola o en transporte público. Lo que se me olvidó recordarles, o recordarme, es que yo soy hombre y que todos los medios repiten que la Ciudad de México no se libra de los altos índices de violencia contra las mujeres, al 70 por ciento de ellas les ha pasado algo.

Sobre la calzada Ermita Iztapalapa quedó el cuerpo de Lidia, vestido café, chamarra negra, botas estilo combat, que en ese momento eran tendencia. Su cabello era negro, muy largo y, como su piel era blanca, los ojos le brillaban. En el asfalto había una mancha de sangre que al paso de los minutos se extendía. Antes de que llegara la patrulla y el forense, un camionero pasó a un lado del cuerpo y la grabó, posteriormente en una entrevista dijo: “yo venía circulando en los carriles de alta de Ermita y me percaté que de la calle que está a pie de escalera del Metro Constitución salió un taxi muy rápido, en la ventanilla trasera la chica traía la cabeza de fuera gritando que la ayudaran. El taxi se incorporó y se colocó enfrente de mí y pues veo que la chica otro

poquito alcanza a salirse y sigue gritando, volteando hacia todos lados que le ayudaran.”

Los vecinos del metro Constitución coinciden, una joven pasó con medio cuerpo de fuera en la ventana que se encuentra atrás del conductor. “Pedía ayuda, gritaba auxilio, pero fue en cuestión de segundos. Cuando nos dimos cuenta se hizo la bola porque una chamaca estaba tirada sobre la avenida, era ella”, el dueño de una tienda vió todo y aseguró que el grito fue desgarrador, lleno de terror. Fue el último.

Diego comienza a desenvolverse en la llamada. Mi hermana conoció a Alexis hace seis meses, trabajaban en la misma plaza. Lidita, estaba muy emocionada por haber entrado a trabajar a la tienda de maquillajes del momento, para ella fue un logro muy grande porque era el acceso directo a las tendencias en la colorimetría, la combinación de tintas, el juego en las texturas de la piel, en fin, lo más nuevo de la belleza. De repente me dijo que se quería ir a vivir con Alexis, que se iba a Iztapalapa en lo que conseguían algo por acá. Yo la verdad me molesté, nunca había ido a Iztapalapa, pero me sonaba muy lejos. Le dije que no se me hacía justo y que mamá y papá no lo entenderían, pero un día llegué y su neceser ya no estaba, esa maleta pequeña era lo más preciado para ella. Supe entonces que no había vuelta atrás.

Se veía contenta, casi a diario le daba like a sus publicaciones con Alexis, siempre sonrientes y abrazados. Solo un día lo vi, bueno dos con esta última vez y para ser sincero no reaccioné de la mejor manera con él, pero creo que lo entendió. “Al” le decía mi hermana, tiene el corazón destrozado, no habla mucho pero tampoco ha podido llorar. Creo que sigue en shock.

Al y Lidia vivían en la colonia Las Peñas. Aquel día, para llegar al metro Constitución, Lidia tomó un taxi rosa. La ruta era sencilla, salir a Periférico y dar una vuelta. Pero ese día el conductor se fue por otro lado. Cuando una mujer pasa por algo así, tiembla, le sudan las manos y piensa lo peor, probablemente a Lidia le pasó lo mismo, pues solo conocía una ruta para llegar.

En el último mensaje que compartió con Alexis a las 5 con 8 minutos le decía que el taxi se había desviado y que además traía la tarifa nocturna. 57 pesos fueron las últimas palabras que el joven recibió de su novia. Después la llamó y la llamó, pero ella ya no respondía. Se salió del trabajo y comenzó a buscarla. En 30 minutos llegó al metro Constitución, y se encontró con una camioneta forense, se acercó. Era ella, sus ojos estaban perdidos, tenía mucha sangre en la cabeza. “Me dijeron que estaba muerta. Publiqué en Facebook: mi hermana no era una atropellada más, había saltado por miedo y la policía debía agarrar al culpable”. Ahí comenzó la burla institucional, la revictimización. El post se hizo viral, tanto que a la semana ya tenían un culpable, incluso videos de la ruta del taxi.

Parecía un mal chiste, primero detuvieron a uno, pero el delito no era haber matado ni secuestrado a Lidia, sino estar fumando marihuana dentro de una combi, eso lo mantenía preso. La Fiscalía dijo que era la persona a la que pertenecía el tarjetón de placas del taxi. A los tres días, salieron con que no, el detenido era el hermano y medio se parecían. Casi inmediatamente detuvieron al que sí era el dueño del taxi pero el delito era portar cocaína y armas, lo de siempre. Dos días después confesó que si bien él era el dueño, ese día el carro se lo dio a trabajar a su sobrino. Pedro Eduardo Medina de 33 años, a quien le impusieron 52

años y seis meses de cárcel y una reparación del daño de casi 200 mil pesos por el delito de feminicidio.

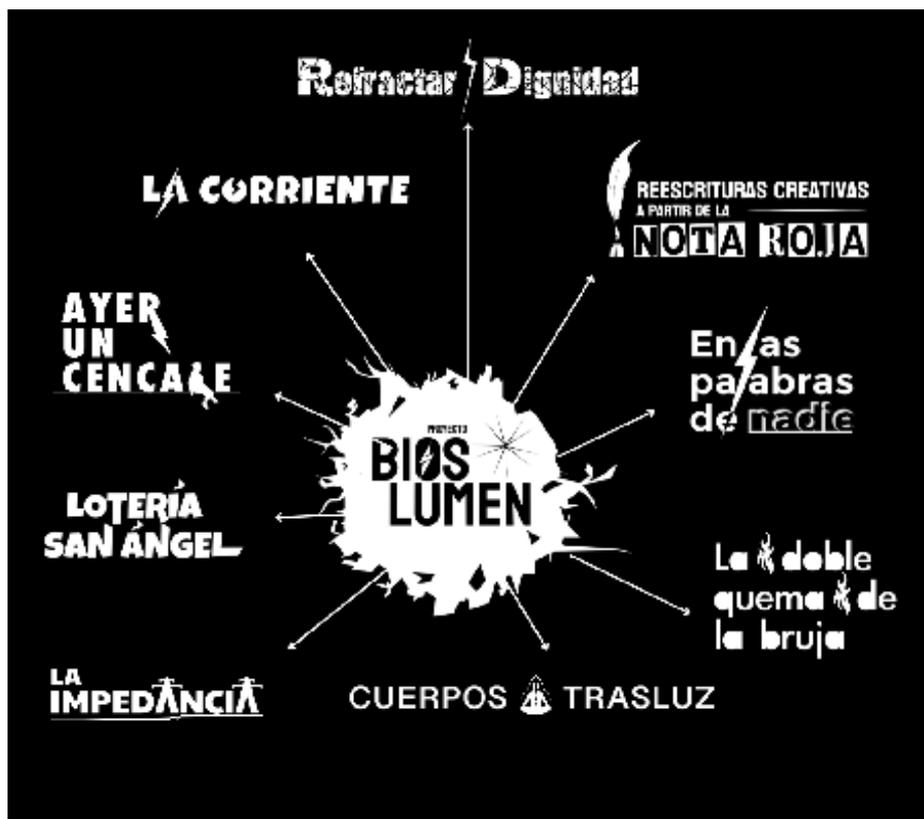
Entre flores blancas, amigas y familia, en Tampico se lloró la muerte de una joven hermosa y valiente a quien el miedo a la violencia de este país la obligó a huir dos veces.

Después de un desahogo de tres horas, Diego suspira y recuerda que apenas hace una semana estaba solo, primero en el forense y luego en la Fiscalía, escuchando cada una de las ridículas versiones de las autoridades. Antes de finalizar esa llamada con la reportera, le quiere dejar algo claro: el terror obligó a mi hermana a arrojarse.

Desde aquel 2022 cada 3 de noviembre la recuerdan y colocan mantas en la plaza principal de Tampico con la leyenda #JusticiaParaLidiaGabriela.



Expansión Transmedial



Visita nuestros proyectos





LA COR

NOMBRE: DESCONOCIDO, PERO ASEGURAN QUE TIENE UN NOMBRE DE VILLANA DE TELENOVELA.

APODO: LA CORRIENTE

EDAD: SEÑORA CON ACHAQUES.

PROFESIÓN: CHISMOSEO.

RESIDENCIA: DEUDORA EN UNA CASA DE ALQUILER.

SEXO: YA NO SABE QUÉ ES ESO.

PASATIEMPOS: LAS COMPRAS POR CATÁLOGO Y MIRAR VIDEOS POR YUTU.

SALUD: NO HAY MUCHA.

PAREJA: DOS VECES DIVORCIADA Y COBRANDO PENSIÓN ALIMENTICIA.

RRIENTE



CAPÍTULO 1. CULPAS AJENAS



CAPÍTULO 2. DESECHOS ORGÁNICOS



CAPÍTULO 3. A TODA MÁQUINA





CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



SISTEMA DE APOYOS
A LA CREACIÓN Y
PROYECTOS CULTURALES